Zeín Zorrilla (1951)

Inundaciones

Tomado de *Siete rosas de hierro*, FCE-Editorial San Marcos-Lluvia Editores. Lima, 2004

Edición para el club de lectura virtual *En las nubes de la ficción*, Universidad del Pacífico, febrero de 2012

El hombre de barba roja y chaqueta de piel terminó de exponer las bondades laborales que una mina de oro podía ofrecer a un ingeniero joven. Bebió un sorbo de su botella, clavó la mirada en Hernán.

—Como lo ve, no podemos ofrecer este cargo a un chico de la ciudad, menos a un recién egresado. Buscamos un ingeniero con capacidad probada y aclimatado a estas lejanías —orientó el mentón hacia la meseta entre cuyos pajonales refulgía una lejana techería de zinc—. Es decir, hombres como usted.

Hernán Medina sonrió, no al barbado, sino al vehículo estacionado en el miserable patio del restaurante. El logotipo grabado en la puerta, Minera Aurífera Orión, era el que por semanas había visto transitar en las camionetas de supervisión y en los camiones cargados de maquinarias y estructuras que en los últimos meses se desviaban de la Carretera Central para enrumbar hacia los confines de la meseta donde se erigía la nueva operación minera. Lejos estaba de sospechar que justamente una de aquellas camionetas le llevaría la propuesta más tentadora de su breve carrera profesional.

—Y no digo más —resumió el barbado—. Ahora la decisión es de usted.

Hernán aspiró con profundidad, elevó los codos hasta los hombros, como si aquel movimiento le permitiera asimilar los alcances de la oferta.

—Estudiaré la propuesta —dijo, por decir algo; y de pronto, asaltado por el recuerdo de las

obligaciones abandonadas por atender a su visitante—: El problema es que no puedo dejar este trabajo de la noche a la mañana. Me tengo que ordenar.

El barbado dio un salto y se puso de pie, levantó el cuello de su chaqueta.

—Me parece lo correcto. Eso se llama responsabilidad. En verdad, necesitamos un hombre de su calibre. Considere el sueldo, y las otras facilidades. Ninguna mina de plata está en condiciones de ofrecer algo siquiera aproximado. Es más, escuché decir que están por cerrar. ¿Es cierto?

—Para nada —se defendió Hernán, como si la insinuación estuviera dirigida precisamente a él—. Tenemos problemas, como toda mina de plata, pero aquí hay mineral para un siglo. Bueno, pensaré su propuesta y...

Las manos del barbado ya jugaban con las llaves de la camioneta.

—Entonces la pelota queda en su cancha, ingenierazo. —Un dedo se levantó en advertencia—. Espero que la respuesta no demore demasiado.

Hoy, llamo yo a su puerta; si demora, la oferta podría desaparecer.

—¿Me da unos quince días?

—Tómeselos. En quince días lo espero por allá.

***

La reunión había durado casi una hora, pero a Hernán le pareció solo de un minuto. Mientras contemplaba alejarse la camioneta hacia los confines de la meseta, suspiró con calma. Al parecer sus sufrimientos en Minera El Pilar iban a finalizar de modo inesperado, y feliz.

La última semana había sido especialmente dura. Comenzó con una protesta de trabajadores por las quincenas sin pago; a media semana la compresora principal de la mina se paralizó por falta de repuestos, y al finalizar, un molino quebró el eje y salió de operación. El viejo Robles y sus mecánicos multiplicaron esfuerzos y lograron superar los inconvenientes. La noche anterior, Hernán

reunió a los mecánicos en torno a una jarra de ponche, abrazó al viejo Robles y felicitó a todos por su entrega.

—Para eso estamos —dijo Robles.

—Increíble. Estamos operando sin dinero, ni repuestos.

Robles asintió como si Hernán hablara de una mina ajena. La satisfacción del esfuerzo desplegado lo volvía inmune a las penas de esos instantes.

—Es la crisis, Hernán. Y es parte del juego. La vida no sería vida si todo saliera bien. Lo importante es resistir.

Hernán sonrió; lo estaba aprendiendo. Cuando un año atrás arribó a Minera El Pilar en busca de trabajo, no tenía siquiera idea de lo que era un disparo o un frente de explotación. Aparte de dos visitas universitarias a una mina, su conocimiento se reducía al recibido en las aulas. Por ello, su gran preocupación, origen de insomnios y sudores, era cómo volcar dichos conocimientos a la realidad. A las semanas de recorrer los socavones descubrió que apenas requería de los libros; y sí mas bien, desarrollar una capacidad de mando para desempeñar la jefatura del modo que la entendían los obreros. Había que saber comunicar a los jefes las malas noticias; saber guardar silencio ante sus explosiones de furia. Con los meses logró acomodarse en el cargo, pero ya lo embestían otras pesadillas. ¿Al actuar de ese modo estaba ejerciendo realmente su profesión? ¿No estaba convirtiéndose en un capataz, útil para esa mina, pero inútil cuando llegara la hora de emigrar a otra? ¿Lograría competir con los colegas que venían desempeñándose con éxito en operaciones mejor constituidas? ¿Hasta cuándo debería permanecer en El Pilar?

La satisfacción de mantener la mina operativa relegó esas preocupaciones al olvido. Pero he ahí que la visita del barbado venía a recordárselas. ¿Sería capaz de responder a las expectativas de la Aurífera Orión? ¿Por qué no le pidió siquiera un mes de plazo al barbado? La bola había quedado en su cancha. Ufff, era cuestión de echarse un sueño y aclarar las cosas. Al día siguiente sabría cuál paso dar. Estaba seguro.

Cierta complicación, sin embargo, estaba esperando la llegada del nuevo día. Robles se la llevó, apenas iniciada la jornada.

Hernán palmeó un hombro del viejo tornero a quien las renuncias de sucesivos jefes habían ubicado en la Jefatura de Maestranza.

—¿Y compadre? —Los trabajadores antiguos se sentían cómodos con ese trato familiar—. ¿Novedades?

El viejo enarcó las cejas en saludo, se acomodó en el sillón de los visitantes.

—Quiero comentarte dos cosas.

Hernán trató de leer en las manchas cenizas del sesentón, en la profunda arruga de su frente.

—¿Malas?

—Depende. Novedades. Algunas nos parecen malas al comienzo, pero es cuestión de verles el lado bueno.

Hernán contuvo la respiración. Aquella oficina en que las circunstancias lo habían posicionado, se cargaba de un aire frío y él volvía a ser el tembloroso estudiante en busca de una oportunidad.

El viejo ya estaba hablando:

—¿Te acuerdas del cholo Mucha?

Hernán se acordaba. ¿Qué pasaba con el cholo? ¿Un accidente?

—¿Y te acuerdas del mago Poma?

—Sí, pero ¿pasa algo?

Ambos habían presentado su renuncia y no trabajarían más en El Pilar. Robles sacó un cigarrillo y lo contempló con detenimiento, como si el asunto de las renuncias careciera de importancia. Sí, ésa era la novedad. Los bandidos abandonaban el desafío.

—Y se van a la Orión —finalizó el viejo—. La mina de los gringos.

Hernán se hundió en el gran sillón de la Superintendencia que en tiempos mejores fuera el

trono de ingenieros de cuajo y experiencia.

Robles evaluó las consecuencias de las renuncias. El cholo Mucha y el mago Poma eran buenos mecánicos, los mejores de la comarca. Ambos habían batallado con los equipos de la mina, sin herramientas y sin repuestos y desde los inicios de la crisis. ¿Afectaría sus partidas a El Pilar? Un poco, al comienzo. Luego él prepararía los reemplazos. Pero el problema no eran ellos, sino esa gente de la Orión. Preparar un mecánico costaba, y robar a un técnico formado era fácil. Hernán debería aproximarse a la Orión, presentar una protesta formal.

—¿No crees que deberías ir?

Hernán se puso de pie, se tomó la cabeza con las manos.

—¿Y qué les voy a reclamar? Si ni siquiera podemos pagar los jornales.

—Pero la plata no es todo, Hernán.

Robles tenía sus ideas. Aparte del dinero había otros vínculos entre un hombre y su empresa. Y el más importante era la gratitud. ¿Qué eran Mucha y Poma antes de llegar a la Maestranza? Dos perforistas expulsados del socavón por inútiles. Y lo habían olvidado por correr tras la primera campana que sonaba sobre el corral. Pero así era la gente de hoy, sin memoria ni lealtad.

—Qué se larguen todos y cerremos el negocio de una vez. Los dos hombres rieron a gusto. Luego de las carcajadas, el viejo disimuló una lágrima furtiva, resopló con calma.

—Pero tengo otra novedad. Y con esta sí estamos jodidos.

—¿Más renuncias?

—No. Falló la 50. —Se corrió el índice por el cuello—. Bomba muerta.

La 50 era una de las bombas que con su gemela, la 51, desaguaba la mina y posibilitaba la explotación de los niveles bajos, los únicos que producían mineral de algún valor para los precios de crisis por los que atravesaba la plata en el mundo.

—Y la 51 está que chirría desde anoche. —El viejo inmovilizó en el aire su cigarrillo sin encender—. Ahora tenemos que cuidarla como a la Virgen Santísima. Muere la 51 y somos cholos

muertos.

Hernán se mordió los labios. El viejo permanecía inmóvil como esperando una respuesta que debería llegar de algún lugar.

—Entonces me voy para allá —suspiró al fin—. Prepararé un mecánico para las emergencias.

Hernán quería abandonar esa oficina, alejarse de aquel escritorio; ojalá nunca se hubiera sentado en aquel sillón.

—¿Quieres que vaya contigo? —el viejo le hundió el dedo índice en el pecho—. Tú clávate en la radio. ¡Y grita! Que Lima nos envíe esos rodamientos. Que consigan la plata donde sea y nos envíen unos ataúdes también —Se volvió desde el vestíbulo—. Por si acaso.

***

En los siguientes días, la novedad estremeció los socavones; los comedores de empleados y vestuarios de obreros; paseó su vaho helado por los desiertos campamentos donde mujeres demacradas comenzaron a murmurar:

—Ahora resulta que dependemos de una bomba.

—Una bomba vieja y sin repuestos.

Las más viejas sacudían la cabeza con ademán dudoso. Habían oído hablar de equipos malogrados en los últimos meses, y sin embargo los días brillaban igual, los cielos continuaban azules. Las mercantiles estaban vacías y la leche y el arroz se conseguían con peripecias, pero ellas sentían que las carencias eran pasajeras, que se solucionarían en cualquier momento.

—¿Una bomba? Tonterías.

Arreglaban su pelo, indiferentes al frío viento que antecedía a las tragedias:

—Ah, los hombres. Siembran el miedo, se hacen los importantes, luego se emborrachan sin freno.

—Necesitamos un ingeniero viejo —dijo una mujer madura que había llegado adolescente a la mina—. No al huahua ingeniero que nos han puesto encima. ¿Ahora mismo, por dónde andará?

Hernán paseaba por las oficinas, antaño pletóricas de dibujantes e ingenieros, trepaba a la destartalada camioneta de la empresa, dejaba atrás su oficina y ese negro teléfono que un día le anunciaría "¡Falló la 51!", y rodaba por las callejuelas desastradas de los campamentos abandonados. La miseria había comenzado a imprimir su huella en ese rincón perdido de la cordillera.

Un año atrás, esos campamentos bullían de contratistas, de ruidosas cantinas y comedores donde reinaban las carcajadas y la luz. En esos meses de crisis los obreros retornaron a las campiñas de donde habían sido arrancados por la promesa de una paga segura y una vida próspera. Hernán retornaba a las oficinas al caer la tarde, se armaba de valor y se plantaba ante el aparato de la radio:

—Quiero hablar con la Gerencia.

—El Gerente no se halla. —Era la respuesta de Lima en las últimas semanas—. ¿Algún mensaje?

La voz parecía el eco de un fantasma atrapado casualmente por el aparato.

—Necesito hablar personalmente con alguien —Hernán insistía—. Alguien que pueda decidir.

Luego del conocido murmullo al otro lado del hilo, la respuesta era la misma:

—Estamos tomando nota. En el próximo correo le enviaremos su pedido.

La valija del siguiente viernes no trajo repuesto alguno, pero sí dinero. El campamento se animó. Los vendedores de golosinas inundaron las calles como en los buenos tiempos, los borrachos alborotaron las callejuelas con sus desafíos. Hernán no acudió al brindis en el Club Obrero, ni a la fiesta que nació de una oleada de entusiasmo; lo rondaba una preocupación: transcurrían los días y el barbado esperaba una respuesta suya. No estaría mal realizar un viaje corto, secreto. Despacharía los hombres a la mina, saldría del campamento y estaría de retorno para el almuerzo. Los días corrían y la bola estaba en su cancha.

Dispuso que lavaran la camioneta y la aprovisionaran de combustible. Se plantó frente a la ventana de su pieza y contempló los lejanos resplandores de Minera Aurífera Orión que copaban el horizonte. Era cuestión de armarse de seguridad y dar un nuevo rumbo a su vida. Podía ser mañana, pensaba, o pasado, pero no debería postergar demasiado ese viaje.

El teléfono sonó en el momento menos esperado; la novedad era la prevista.

Hernán llegó hasta la cámara de bombas cuando el hombre que lo había llamado todavía no se desprendía del teléfono. Apenas habituado a la luz de las lámparas reconoció al viejo Robles y a los aprendices de mecánico. Con el agua en la cintura, luchaban por izar la bomba. Hernán alcanzó a dar un paso en el agua, pero se produjo un brusco borboteo. Tres conos de luz se volvieron a él, luego hacia la regla calibrada en el momento en que desaparecía bajo el nuevo nivel de las aguas. Las lámparas cruzaron sus conos sobre los gritos broncos y las protestas. La voz de un niño, o la de un hombre presa del terror, estremeció esa atmósfera de pólvora: la mina se inundaba.

Una mano atenazó a Hernán de un brazo.

—Nada que hacer, hijo — era Robles—. Salgamos de acá.

Fueron las palabras que repitió camino a la superficie. Nada que hacer. Y la repitió en torno a la fogata, contemplando a sus hombres desnudos que ponían a secar sus prendas ante el fuego.

—Debieron de avisarme desde el comienzo —dijo Hernán—. Les dije que yo quería saberlo todo.

El viejo Robles orientó el rostro hacia las lejanas luces de la meseta. Las luces de la Aurífera Orión parpadeaba en el horizonte.

—Calma —murmuró—. Ya todo pasó. Esta noche no hay que preocuparse de nada.

Y repitió la arenga en la cantina de obreros, a la luz de una pulsátil lámpara de gasolina. Hacía meses que estaba cortado el suministro de energía eléctrica a los campamentos.

—Preocúpate por mañana —respondió al saludo de mineros que continuaban arribando de los socavones perdidos, silenciosos y encorvados—. Mañana todo el mundo estará enterado de la

desgracia. Y llegará la desesperanza. La gente te preguntará qué hacer. Y tú, como jefe, deberás decir algo.

—Diré la verdad —dijo Hernán.

—¿Y cuál es esa verdad? —Robles le mostró una sonrisa fugaz.

—Bueno, de eso hablaremos mañana. Ahora bebe y deja a las ideas en paz.

Al día siguiente, Hernán informó las novedades a Lima. Llegó la noche y no tenía respuesta. Salió de las oficinas y enfrentó a los pacientes mineros y sus mujeres. Se armó de ánimo: estaba coordinando con Lima, que lo dejaran trabajar. Otro día más y la radio solo traía el eco del viento helado en las cordilleras. El viejo Robles llegó al atardecer; sonriente, vestido como si se tratara de un día normal y estuviera por ingresar a los socavones. Cerró la puerta tras de sí, se quitó la máscara de serena felicidad con la que había atravesado el patio colmado de mineros en espera de instrucciones. Y le detalló su plan.

Hernán debería viajar a Lima a entrevistarse con la dueña de la mina. Robles podía acompañarlo y también el Topógrafo y el Dibujante. Es decir, la gente antigua y leal. La patrona sabría comprender el esfuerzo desplegado y les daría un consuelo. La desesperanza no debía posesionarse del campamento. Era lo importante. Debían viajar a Lima esa misma noche.

Hernán parpadeó. ¿Viajar a unas oficinas que ni respondían a los pedidos de auxilio? Esos viejos decían conocer a la patrona desde cuando era una niña y tenían razones que él, recién llegado, no alcanzaba a comprender.

***

Al contrario de lo que supuso en la fría soledad de la cabina de la radio, Hernán descubrió que las oficinas de Lima no eran un cementerio. Un hervor de corbatas, tacos de colores y faldas cortas agitaban los iluminados pasadizos. Una graciosa telefonista les tomó el recado; un batir de párpados

les invitó a esperar un instante.

En los carteles que decoraban las paredes, Hernán descubrió que en esas oficinas se manejaban otros negocios de la patrona: Bienes Raíces, Exportaciones, Seguros.

La telefonista apoyó el tubo del aparato en su pecho y les obsequió una sonrisa. ¿Ellos eran la gente de la mina? ¿A entrevistarse con la señora? ¿Habían sido citados? Hernán dijo que la señora conocía el problema. La telefonista repitió en el tubo aquellas palabras, luego escuchó en silencio la respuesta y colgó.

—Esta noche —iluminó el recinto con una gran sonrisa—. Los espera en su casa.

—¿A nosotros?

—¿No son ustedes de la mina? Ocho en punto, en su casa.

Al abandonar las oficinas, Robles intentó explicar a sus compañeros el significado de la inesperada invitación. La gente rica era así cuando tomaba cariño a su gente. Con toda seguridad, la señora estaba enterada de los sacrificios realizados por evitar la inundación y quería recibirlos en privado. ¿No era conveniente comprarse unas corbatas para estar a tono con la deferencia?

***

La residencia de la patrona se ubicaba en una de las zonas exclusivas de la capital. Las verjas de hierro pregonaban el poderío de su propietaria y el automóvil negro que trasponía la entrada anunciaba que no eran los mineros los únicos invitados. Luego de unas confusas coordinaciones, fueron instalados en una pequeña sala adyacente a la cocina. Hasta allí un mozo les llevó una bandeja de aperitivos.

—Salud, pues —Robles tomó una copa, la orientó hacia Hernán—. No olvides nada a la hora de hablar.

Desde su posición, Hernán contemplaba los jardines; otro automóvil negro rodaba con

majestad hacia una zona de parqueo. ¿Ante quiénes iban a presentarse esa noche?

—Bueno —carraspeó Robles; la mirada puesta en la bandeja de bocaditos—. Reuniones de negocios. Es así.

El mozo los dejó solos y Robles ensayó los tonos más graves de su voz.

—Seguramente la señora tiene socios. Y quiere enterarlos de la realidad.

El Dibujante y el Topógrafo, que a duras penas se habían animado a formar parte de la delegación, tenían las bocas llenas y el rostro iluminado; apoltronados en los sillones, balanceaban sus zapatones mineros sobre los coloridos arabescos de las alfombras.

—No vayas a emborracharte —el Topógrafo sonrió a Hernán—. Lo que es yo, no abro mi hocico en este palacio.

Hernán tenía la mirada ausente, intentaba ordenar las súbitas imágenes que lo asaltaban. De pronto vio a la mina como a un cuerpo humano cuyo exterior lo constituían las oficinas pletóricas de muñecas de falda corta, y las entrañas, los oscuros y húmedos socavones de donde rudos hombres extraían el mineral. En ese panorama, el palacio de la patrona era seguramente el rostro. Y allí estaban ellos, llegados desde las negras profundidades donde se destilaban los jugos de la vida. ¿Pero a qué habían llegado? Si al menos hubiera sospechado de esa recepción. Una camisa blanca habría ayudado en algo. Y un par de zapatos bien lustrados.

—¡De qué te preocupas, Hernancito! —Robles cogió la botella de vino francés que ingresaba con el carrito de la cena y llenó la copa de Hernán—. Cada uno tomará la palabra llegado el momento. No estás solo.

El mozo sonrió con frialdad cuando Robles le invitó a beber una copa. Hernán lo contempló alejarse por los corredores, alcanzó a ver los lejanos salones, pletóricos de gente elegante que parloteaba bajo la iluminación de las arañas. Las notas de un piano vibraban en la suave atmósfera.

—Parece música de radio —dijo uno de los hombres.

—Es la señora —Robles secó su boca con la servilleta y elevó su copa—. Así como nosotros

en la mina curamos nuestras penas con la guitarra, hay gente que lo hace con el piano. La señora tiene penas.

Hernán luchaba con otra inquietud. ¿En qué momento pensaba recibirlos la señora? A la siguiente entrada del mozo, con el carro de los postres, Hernán lo detuvo de un brazo. ¿Y la patrona?

—¿Perdón? —el mozo parpadeó sorprendido. Hernán volvió a insistir; el mozo pareció entender—. Haré las consultas y volveré.

La delegación había consumido los postres, vaciado dos botellas de vino, y los automóviles del jardín se comenzaban a retirar, cuando el mozo retornó en compañía de otro que peinaba canas.

—¿Y caballeros? —dijo el canoso—. ¿Todo conforme? ¿Contentos?

Hernán observó que tenía las manos cruzadas sobre el vientre y estudiaba el rostro de cada uno de los visitantes. Cuando le llegó el turno, le sostuvo la mirada.

—¿Me permite una palabra? —dijo. No fuera a ser que Robles o uno de los otros echara a perder la ocasión—. ¿Una consulta?

El canoso le mostró un rostro grave, dejó caer sus párpados; claro, podía hablar. Hernán elevó la voz sobre el rugido de otro automóvil que partía y le explicó el motivo de la visita. El canoso inclinó la cabeza.

—¿La señora?

Era imposible, la señora había despedido a sus invitados y en esos momentos no se la podía interrumpir... Se hallaba dando de comer a sus perros. Imposible.

—¿Y nosotros qué? —Robles sentó con energía su copa en la mesa, clavó la mirada en el canoso como si lo detestara de pronto—. ¿No va a recibirnos por... unos perros?

El canoso juntó las yemas de sus dedos a la altura del pecho, guardó un instante de silencio y habló con un tono grave. La presencia de ellos en la casona se debía a un error. Las oficinas habían cometido una grave equivocación. Era cierto que la cena estaba programada para esa noche, pero una cena ofrecida por la señora a la gente de los Seguros que la indemnizaban por la inundación de

su mina. Era todo lo que él, con sumo respeto, les podía informar.

—¿Entonces, nosotros?

El tono del canoso fue más grave aún. Claro que él advirtió el error desde un comienzo, pero ¿qué podía haber hecho? ¿Echarlos? No. No era el estilo de la casa. Hizo uso de sus atribuciones de mayordomo y, bueno, les ofreció esa pequeña cena.

—¿No les gustó?

La delegación se había aplastado en las silletas. Robles humedecía sus labios, sin atinar a soltar palabra; Hernán ofreció su mano al canoso.

—Entonces hasta la vista.

Le respondió un apretón de manos, y un parpadeo:

—Puedo hacerles llamar un taxi. ¿O han venido con movilidad?

—¿Movilidad? —Robles señaló su zapatones en la oscuridad de la avenida, cuando ya estuvieron en la calle—. Claro que hemos venido con movilidad.

Eran los únicos peatones a esa hora y la casona había quedado atrás, suavemente iluminada con sus barrotes que clavaban sus púas en los turbios cielos de la costa. Cuando ya no se divisaba ningún palacio y ellos eran solo un silencioso grupo de amigos que recorría las calles dormidas de la gran ciudad, habló el Dibujante.

—¿Ahora adónde vamos a ir?

—A casa —suspiró el Topógrafo.

Hernán divisó un basurero municipal al pie de un árbol. Allá fue y descargó los planos con los que había pensado sustentar su informe de esa noche, hizo pedazos las copias de los reportes y fue a reunirse con el grupo que había divisado un bar abierto a esa hora.

Las cervezas colmaron los vasos, pero el sabor era extraño. Hernán apenas probó del suyo. Sentía en el bolsillo de la camisa el único papel que no había roto, la Solicitud de Empleo a la Orión que le dejara el barbado. Justamente esa noche, en unos instantes más se vencía el plazo solicitado.

—¿Nos vamos? —dijo Robles. Tampoco había tocado su vaso—. Es bueno aproximarse a la agencia de ómnibus, caminando, apreciando las calles. ¿No les parece? Pocas veces uno tiene la ocasión de pasear por una ciudad bonita.

En el entrecruzamiento de calles y avenidas, las sombras se desplazaban como fieras en la espesura.

—¿Sabes? —Robles tomó un codo de Hernán—. ¿Has pensado qué vas a decirle a la gente de la mina?

—La verdad —respondió Hernán, sin pensarlo siquiera.

Robles esperó que el Topógrafo y el Dibujante se les unieran. Y habló. No. La verdad, no se podía decir. Era mejor decir que habían sido recibidos por la patrona. Que la patrona se había enternecido al enterarse de la inundación, que los agasajó con una gran cena y permitió que fueran oídos por gente distinguida de la Banca y los Seguros. La patrona era una gran dama.

Hernán protestó:

—¿Estás loco? ¿Voy a mentir?

—¿Pero no hemos sido recibidos en su casa?

—Pues sí. Y también hemos cenado. Pero no vamos a mentir.

—No, joven. Eso no es mentir.

Robles buscó la luz de un farol, sacó lapicero y papel y apoyándose en una rodilla dibujó un arco, luego una línea horizontal.

—¿Saben qué es esto?

—La bocamina —dijo el Topógrafo.

—¿Y la línea es el agua que la inunda? —aportó el Dibujante.

El lapicero dibujó ahora un círculo y le adosó un rectángulo.

—Una bomba —dijo Robles. Blandió su lapicero sobre las cabezas y encaró al Topógrafo—. Esto que llamas mina, es el alma de los hombres.

Se volvió al dibujante:

—Y esta línea, son las penas que a veces la inundan.

Contempló a uno y a otro acompañante, giró hacia Hernán.

—Y esta bomba es la ilusión que desagua las penas del alma. ¡La ilusión!

—¡Qué pendejo! —Los acompañantes soltaron la carcajada—. Este hombre cuanto más viejo, más pendejo.

Robles ya estaba hablando. La gente de la mina estaba destruida moralmente. ¿De acuerdo? Y la única ilusión que la alimentaba, por esos días, era ser recibidos por la patrona. Y ellos no podían matar esa ilusión.

—¿Acaso no hemos estado en la casa de la patrona? ¿Acaso no hemos comido del banquete? ¿Ah? Solo faltó verla a ella. Pero si me propongo, puedo convencerme, y convencerlos a ustedes de que nos ha recibido.

—¿Y qué haremos luego?

¿Qué harían luego? No había que preocuparse. Nacerían otras ilusiones. La vida era eso. ¿No se daban cuenta, sarta de viejos? Lo importante era pasar esos malos momentos. El resto vendría solo. Siempre era así.

La calle que recorrían dio a un espacio iluminado. Un parque de diversiones con bancas de cemento y mesas dispuestas para merendar a la intemperie. Desde allí podía divisarse el aviso luminoso de la agencia de ómnibus que se los llevaría a la mina. Y para eso faltaban unas horas.

—Será lo que digas —Hernán buscó acomodo en una banca fría. El viejo Robles consultó con la mirada a los otros rostros.

—Se inundó la mina —dijo—. Nada se puede hacer. Pero ahora nos toca batallar para que no se inunden las esperanzas. Y esa bombita tiene que trabajar.

Rieron a carcajadas, hasta que los ojos se les anegaron en lágrimas. Cuando volvió el silencio, el Dibujante continuó riendo y solo se calló cuando dos brazos lo sacudieron de los hombros.

Entonces el Dibujante se apartó del grupo, abrió su abrigo y puso en la mesa de cemento dos botellas de vino francés.

—¿Y eso?

El Dibujante adoptó el rostro mas serio de la vida.

—De parte de la señora. Hijito, llévate para el camino, me dijo con sumo cariño.

La carcajada se levantó de ese gran parque solitario, frío e iluminado, donde los mineros eran los únicos seres vivos.